



No lo dejes
escapar

Charles Roger

Clara Bow





ARZNER, Dorothy

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Año III
N.º 77

PARAMOUNT

25
Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

No lo dejes escapar

(GET YOUR MAN, 1927)

Finísima producción, interpretada por

CLARA BOW, CHARLES ROGERS, JOSEF
SWICKARD, JOSEPHINE DUNN y
HARVEY CLARK



Es un film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.



NO LO DEJES ESCAPAR

Argumento de la película

En un viejo castillo de Normandía, cuna de ilustres próceres, se celebraban con toda solemnidad los esponsales de Roberto, el hijo del duque de Albin y Simona, hija del marqués viudo de Valens.

Esta boda tenía una particularidad. La de que el novio era menor de seis años, y la novia, recién nacida.

Sus padres, de común acuerdo, efectuaban aquella ceremonia de compromiso, de conformidad con las tradiciones nobiliarias. Estaban seguros de que al llegar los novios a su mayoría de edad, ratificarían aquella simulación de matrimonio y se casarían de veras.

El niño Roberto extendiendo la mano sobre el cuerpecito delicado de la pequeña Simona, dijo:

—Yo, prometo serte fiel hasta el día de nuestra verdadera boda.

—¡Muy bien, hijo mío!—dijo el duque—. Y ahora dale un beso a Simona.

El muchacho puso sus labios sobre la faz nacarada de la chiquilla.

—Nuestros antepasados nos bendicen desde el cielo por la futura unión de nuestros ilustres apellidos—apoyó el duque.

—Y será un nuevo timbre de gloria para todos...—dijo el marqués.

Y todos brindaron para la felicidad de los contrayentes...

Pasaron diecisiete años... Y en el mismo castillo, cierta mañana el joven Roberto tomaba parte en otra importante ceremonia.

Se hallaba en la cocina enjabonando a su hermoso perro.

En tan vulgar operación le sorprendió su padre quien le dijo:

—Simona llegará el sábado.... Su padre y yo hemos dispuesto vuestra boda para la próxima semana... aquí mismo.

—¿Aquí?—contestó Roberto burlón, señalando la cocina.

—Ya me entiendes... Simona será una excelente esposa, hijo mío... Imagínate, una jovencita inocente en una época en que la inocencia es una virtud tan rara...

—Sí... Sí...

Pero en el fondo de su alma le hacía poca gracia aquella boda familiar con una muchacha que no conocía y con la que por obliga-

ciones de la familia estaba comprometido desde su más tierna infancia.

¡Con lo hermoso que era la libertad y el verdadero amor no impuesto por nadie!

—He mandado al joyero Perrier las perlas de tu ilustre abuela para el regalo de boda de la novia... Mañana irás a París por ellas...

—Bien, papá...

Dejó al perro ordenando que los criados acabasen con la operación de limpieza.

Luego dijo, mirando al ama de llaves, una mujer que le había hecho de madre al morir la duquesa:

—Me voy a París, madame Pluché... ¿Qué quiere usted que le traiga?

La vieja suspiró cómicamente:

—Un frasquito de perfume... "Tentación".

—No lo olvidaré...

Y a la otra mañana, el joven Roberto de Albin marchaba hacia la capital.

* * *

Miss Nancy Worthington, una preciosa muchacha de Nueva York, visitaba por primera vez París.

Al salir aquella tarde de un gran almacén, fué a subir a un taxi que estaba parado ante la acera, pero en aquel momento un joven se dirigió a tomarlo.

—Perdón, señorita... Este taxi es del señor —dijo el portero del almacén.

El señor era Roberto, el hijo del duque de Albin, quien cedió cortésmente el coche a la americana.

Los dos jóvenes se observaron mutuamente con una mirada profunda...

Acaso el flechazo... Pero no pasó más... Cada uno de ellos tomó un automóvil distinto.

Más tarde volvieron a encontrarse... El al salir de la joyería Perrier, ella al entrar en el establecimiento.

La casualidad les hizo sonreír y contemplarse con extrañeza... Y más tarde aun, el destino quiso unirles otra vez en una perfumería, y más tarde todavía, se encontraron en el Museo de Figuras de Cera.

Esta vez ya no pudieron resistir la tentación de hablarse, sorprendidos por la continua coincidencia en breves horas... Y ambos se miraron y rieron con la risa franca y misteriosa de la simpatía.

—Parece que el destino nos reúne—dijo él.

—Es verdad... Cualquiera diría que nos hemos estado vigilando.

—Bendigo la casualidad... Usted es extranjera, ¿verdad, señorita?

—De Nueva York...

—Yo soy Roberto de Albin, de Normandía. Se cambiaron sus tarjetas y unidos ya por

la confianza de haberse visto tantas veces, pasearon por los salones de la Exposición.

Vieron diferentes grupos históricos, terroríficos, emocionantes...

—Conozco todos los grupos de memoria—dijo Roberto, sonriente—. ¿Me permitirá usted que la acompañe?

—Con mucho gusto...

Llegaron ante uno de ellos y Roberto, que no había estado nunca en aquel Museo, dijo:

—Es Napoleón a bordo de la "Constitución", el buque insignia de Nelson en Waterloo.

Ella no estaba muy fuerte en conocimientos históricos, así es que no pudo desmentir a su nuevo amigo. Pero fijóse en el letrero que indicaba el objeto del grupo. Leyó:

"El Emperador Napoleón a bordo del "Belle-rophon".

—Amigo, se ha equivocado usted—dijo burlesca.

Roberto se defendió.

—No será la "Constitución", pero Napoleón no hay duda que lo es...

Siguieron viendo nuevas instalaciones, perfectos muñecos a los que sólo faltaba el alma para dar la ilusión completa de seres humanos.

Admiraron una exposición de maniqués del supuesto salón de una modista.

—¡A mí no me la dan!—dijo Nancy—. Esto no son maniqués ni nunca lo han sido.

Para convencerse tocó uno de ellos, y retro-

cedió asustada al ver que se trataba de una señora de carne y hueso que estaba inmóvil contemplando los maniqués y a quien Nancy había tomado por otra figura más.

Se excusó y siguieron la visita.

Después se sentaron en un diván... y comenzaron a hablar... a hablar... una hora... dos horas... tres horas...

El, olvidando por entero el objeto de su viaje a París, sólo pensaba en decirle cosas agradables a Nancy que la parecía una criatura de perlas... Y también Nancy iba sintiéndose subyugada por la elocuencia del mozo.

Tan abstraídos estaban en la conversación que no oyeron las repetidas voces del guardián anunciando que era hora de cerrar.

Ellos estaban en un rincón... y el vigilante no les vió... Cuando éste creyó que había salido el último visitante, cerró con llave las puertas y apagó casi toda la luz.

Fué entonces cuando los dos jóvenes se levantaron asustados. Corrieron hacia la puerta, llamando insistentemente. Todo en vano. Les habían encerrado dentro y no tendrían otro remedio que pasar allí la noche.

Nancy experimentó angustias de terror, pareciéndole que los ojos de las figuras de cera forforecían y que los grupos adquirían vida irguiéndose amenazadores ante ella.

—¡Qué horror! ¡Las figuras se mueven!

—No tenga miedo. Eso es una alucinación

que pasará... Desgraciadamente no podremos movernos de aquí en toda la noche.

—¡Y mi tía que me estará buscando por todo París!—dijo Nancy.

—Es absurdo desesperarse, señorita...

Volvieron a sentarse en un sofá, uno de cuyos lados estaba ocupado por una figura de cera que parecía representar una gran dama.

Nancy, temerosa, se acurrucó junto al duquesito.

—Tiene usted unos ojos divinos—le dijo él.

—Pues no quiero que los vea...

Y los cerró, acobardada.

—Nancy... Usted no me querrá creer, pero le diré que su presencia me ha causado una gran emoción.

—¡A cuántas mujeres habrá repetido la misma cantinela!

—No me considere tan vulgar... Nancy, usted ha ganado mi corazón en una sola tarde. ¡La quiero!

—Bueno... no se me declare ahora —dijo riendo, loca de alegría por las palabras de él—. Tengo sueño. Quiero dormir... así... junto a usted en sus brazos.

—Duerma como una niña. Yo velaré como uno de estos personajes del Museo que parecen vigilar el sueño de sus amadas.

—¡Qué cosas dice usted!...

Poco a poco, la conversación languideció...

Y ella, Nancy, cansada por el continuo ajeteo, acabó por dormirse...

También su nuevo amigo, cabeceando lentamente, se entregaba poco después a Morfeo...

* * *

Al amanecer, la tía de Nancy había puesto en movimiento todo París.

—Es la sobrina que más amo—decía a unos agentes—. Quiero que la busquen aunque tengan que dragar el Sena.

—¿Tiene algún retrato de ella?

—Sí... Mírenlo... Pero esta fotografía no le hace justicia. Nancy es mucho más guapa... ¡Pobrecita mía! ¿Dónde podría encontrarla?

—Si la señorita no ha salido de París, le prometo a usted que la encontraremos—dijo un inspector.

A las ocho en punto, el encargado de limpieza del museo abrió las puertas y comenzó a quitar el polvo de las figuras.

Llegó al diván donde los dos jóvenes, abrazados, dormían, y pasó el plumero sobre la cabeza de Nancy y de Roberto creyendo que eran dos figuras de la instalación. Ellos despertaron dando un grito de espanto.

El encargado tuvo un susto mayúsculo y echó a correr como alma que persigue el diablo.

—¡Hay dos muñecos que se han rebelado contra mí!—gritó a unos gendarmes.

Estos se dirigieron hacia el lugar del "suceso"... Cuando vieron a Nancy, uno de ellos recordó que en jefatura le habían mostrado un retrato de una muchacha desaparecida que era igual que ésta.

—¿Es usted miss Worthington?—le preguntó.

—La misma... Viene de parte de mi tía, ¿eh?... Pues dígame que estoy perfectamente... que no se preocupe por mí, que volveré a casa tan pronto haya almorzado.

—Bien, señorita... Voy a telefonear en seguida a su casa.

—Y déle recuerdos...

Salieron los dos jóvenes pareciéndoles que volvían a la vida al respirar el aire libre después de la noche de encierro...

Se dirigieron a la terraza de un café para desayunarse.

Nancy se limpió el rostro con un pañuelo y dijo:

—¿Me brilla la nariz?

—Un poco...

—¿Me quiere hacer el favor de mi bolso que puso usted anoche en su bolsillo?

—Con mucho gusto.

Le entregó el monedero y ella se contempló en el espejito interior.

Roberto al ponerse la mano en el bolsillo había cogido también el estuche que contenía el

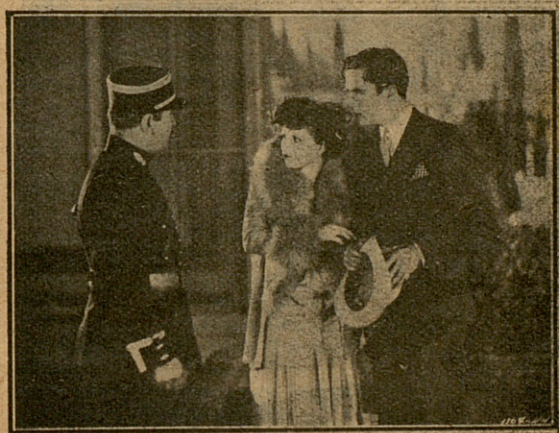
collar de perlas recogido en casa de Perrier.

—¿Qué trae usted aquí?—le dijo ella.

El joven le mostró el hermoso collar.

—A su lado me había olvidado por completo de que esta semana me caso—suspiró tristemente.

—¿Se casa?



—... dígame que estoy perfectamente...

Y el asombro se pintó en sus facciones.

—Hace nada menos que diecisiete años que estoy comprometido.

—¿Hace diecisiete años que está comprometido y se olvida de ello en una noche?

—Así es.

—¿De modo que anoche cuando me dijo que me amaba no era verdad?

—Sí que lo era, pero...

—Si no la ama a ella y me ama a mí, ¿por qué se casa?

—Nuestros padres nos obligan a ello... por el honor de la familia...



—... me había olvidado por completo de que esta semana me caso.

—¿Y usted es un hombre? Usted es un muñeco como los del Museo... ¡Ah, qué desengaño!... Y yo que le escuché con agrado... No quiero saber nada más de usted. ¡Adiós!

Subió a un taxi que pasaba por allí y ya en

el interior se echó a llorar viendo rota la ilusión de su alma de mujer...

Melancólico, Roberto volvió a su castillo de Normandía, con el alma más triste que nunca después de haber conocido lo que era el verdadero amor.

En el castillo encontró ya a Simona y al marqués de Valens.

Simona era una muchacha bonita, pero la sosería personificada... Después de la gracia cautivadora de Nancy, aun le pareció peor...

La cena de aquel día fué muy triste, y la velada monótona... Roberto junto a Simona no sabía qué decirle... Cerca de allí, los dos futuros consuegros comentaban a media voz sus proyectos.

—Y al primer hijo varón le pondremos tu nombre—decía el duque al marqués.

—De ninguna manera... El tuyo...

Roberto suspiró. ¡Y no habría remedio para escapar de aquella cárcel!

Llegó la hora de retirarse. A instancias del marqués, Roberto dió un beso en la frente a su novia.

Marchó Simona, y aprovechando un momento en que el marqués se había retirado a otra parte del salón, Roberto dijo a su padre:

—Papá, yo quisiera... quisiera... volver a París mañana.

—¡Qué ocurrencia! ¿No acabas de llegar de allí?

—Sí... pero... es que tengo que ver... algo muy importante.

El duque sonrió... ¿Qué trapisonda sería aquella de su hijo? ¡Bah! Alguna cosa sin importancia, una aventura de joven inexperto.

Como se acercara el marqués, el duque de Albin dijo:

—Mañana volveré a mandar a Roberto a París... ¡Hay tantos detalles a que atender en ocasiones como ésta!

Su hijo le envolvió en una mirada de agradecimiento...

Bien por papá... A pesar de sus rigores aristocráticos, era un ser muy comprensivo y bondadoso...

* * *

Nancy no estaba dispuesta a perder para siempre al heredero del ducado de Albin.

A pesar de su momentánea ruptura, se había dado cuenta de que lo amaba... y no lo quería dejar escapar.

Así, aquella mañana salió en automóvil de París, dejando antes a su tía esta carta:

"Mi querida tía:

"Voy a pasar ocho días con unos amigos en el campo. No he querido despertarla para despedirme. No se preocupe por mí.

"Nancy."

Y se hizo conducir hacia las tierras verdes de Normandía...

Por el camino se encontró con un automóvil que estuvo a punto de chocar con el de ella.

Pasó tan veloz que no se dió cuenta de que lo ocupaba Roberto que iba en su busca a París.

Varias horas de viaje, y llegó ante un castillo.

—¿Está usted seguro de que éste es el castillo del duque de Albin?—preguntó al chofer.

—Sin ninguna duda.

—Pues vamos a simular un accidente... Yo le pagaré bien si usted me ayuda.

Momentos después el chofer empotraba el coche contra una pared, y Nancy tiraba al suelo los almohadones que estaban en el interior.

Luego ordenó al conductor que junto al volante se hiciera el accidentado, y ella comenzó a dar grandes gritos, capaces de ponerle a cualquiera la piel de gallina.

Cuando calculó que ya le habían oído a diez leguas a la redonda se desplomó como si estuviese desvanecida.

En el castillo oyeron, naturalmente, los gritos y corrieron, señores y criados, en auxilio de los que los proferían.

Entre todos levantaron a Nancy y al chofer y mientras éste era conducido a las habitaciones de la servidumbre, Nancy era transportada

al gran salón, cuidadosamente atendida por el duque y el marqués que rivalizaban en cortesía para con la muchacha.

Especialmente el marqués de Valens, que toda su vida había sido un conquistador, quedó deslumbrado por la belleza de la joven.

Simona le hacía oler éter y pronto nuestra joven volvió en sí pronunciando las palabras de ritual:

—¡Dios mío!... ¿dónde estoy?

—En casa del duque de Albin, señorita... ¿Cómo se encuentra usted?

—Mejor... No es nada... únicamente un golpe, el magullamiento... Quisimos dejar paso a otro coche... y estuvimos a punto de volcar.. Pero, todavía no me he presentado a ustedes. Soy Nancy Worthington, de Nueva York...

—Encantados de saludarla, señorita...

Y el duque le presentó al marqués y a Simona.

—Iba a Deauville a reunirme con mi tía —dijo Nancy que deseaba ardientemente que llegara Roberto—. La pobre estará preocupadísima por mi tardanza... Tengo que irme en seguida.

—Parece que su chofer no está en condiciones de continuar el viaje... El pobre hombre no hace más que pedir coñac... Creo que debería usted pasar la noche aquí...

—Ustedes perdonarán tanta molestia. ¡Cuánto siento lo que ocurre!

—¡Todo el castillo está a su disposición, señorita!—dijo el duque.

—Son ustedes muy amables, pero no puedo abusar de su hospitalidad.

Y en el fondo se moría de deseos de quedarse.

—No la dejamos salir de aquí... Le conviene a usted descanso. ¿Por qué no trata de dormir un poco, señorita? Pero antes tomará algún alimento.

La obligaron a sentarse a la mesa y después la acompañaron a una habitación.

Cuando Nancy quedó sola se echó a reír alegremente, viendo con deleite cómo iba saliendo a la medida el plan.

Se había enterado de que Roberto volvería a primera hora de la mañana siguiente.

¡La sorpresa que tendría el joven cuando la viera en el castillo!

Contempló un retrato de Roberto que estaba sobre una mesita y apretándolo contra su corazón, exclamó:

—El hombre que a mí se me escape tiene que ser muy listo, Roberto...

* * *

Al día siguiente, Nancy continuaba en el castillo, saboreando te y protestando débilmente.

Se hablaba de la próxima boda de Simona y Roberto, y la muchacha parecía escuchar los detalles con amable interés.

—En Francia las familias son las que casan a los hijos, y los lazos del matrimonio, así tejidos, rara vez se rompen...—dijo el marqués.

—En mi país, los padres son los encargados de buscar al abogado que ha de tramitar el divorcio de los hijos—respondió Nancy.

—¿Le gustaría a usted ver un cuadro de la ceremonia de uno de nuestros enlaces matrimoniales?

—¡Ya lo creo!

—Pues permítame un momento.

Marchó. Quedó Nancy con Simona hablando cariñosamente, como dos buenas amigas. En el fondo de su alma los celos anidaban violentos contra aquella mujercita insignificante, pero no se lo quería demostrar... Al contrario, todo eran zalamerías y cariños.

Mientras el duque buscaba el retrato de la boda de Roberto y Simona cuando pequeños, apareció su hijo de vuelta del viaje a París.

Venía desconsolado... Le habían dicho que Nancy estaba ausente...

—¡Hola, hijo mío!... ¿Qué tal por París?

—Papá—respondió sin poder contener ya más su emoción—. ¿Qué le parecería a usted si le dijese que es del todo punto imposible casarme con Simona?

—Pues diría que tu boda con Simona es un solemne deber que te impone tu apellido.

El muchacho calló, sin atreverse a confesar el cariño que sentía por Nancy.

Vió de pronto, en el cercano jardín, a través de los visillos de la habitación a Simona acompañada de otra muchacha. No distinguió bien las facciones de ésta.

—¿Quién es ella?—preguntó.

—Una preciosa joven americana que sufrió un accidente de automóvil en la puerta del castillo... Aquí está restableciéndose rápidamente. Vamos, que te la presentaré. Precisamente iba a mostrarle el retrato de tu boda cuando niño.

Se dirigieron hacia el jardín y Roberto creyó estar soñando al reconocer en la americana a la propia joven de París.

La saludó temblando mientras ella le sonreía con picardía.

Roberto no salía de su asombro. Pero, ¿qué cosas tenía el destino! ¿Qué cúmulo tan extraordinario de casualidades!

Nancy contempló el retrato que le mostraba el duque y se echó a reír.

—¡Qué simpáticos!—dijo.

—Encantadores, ¿verdad? — dijo el marqués—. Anda, Roberto, dale un beso a Simona.

Y el joven no tuvo otro remedio que dar un beso helado a la frente de su novia.

El duque se alejó con el marqués de Valens, y Nancy dijo entonces a Simona:

—¿Quiere usted hacerme el favor de ir a buscar el chal, Simona?

—Con mucho gusto.

Cuando desapareció la novia, que parecía mostrarse siempre reservada y fría, Roberto se sentó al lado de Nancy y quiso besarla apasionadamente la mano.

—Por lo que veo—dijo ella, rechazándole con suavidad—, parece que el compromiso de diecisiete años se le escapa continuamente de la memoria...

—Quiero romperlo... Sólo me interesa usted.

Nancy se echó a reír y mintiendo, exclamó, para hacerse más la interesante:

—Hay otro inconveniente... y es que mi prometido se opondría...

—¿Su prometido? ¡No me había dicho que estuviese comprometida!...

—¡Qué lástima! ¡Me olvidé completamente!

—¿Rompería usted su compromiso si yo rompiera el mío?

—Usted no puede romper el suyo.

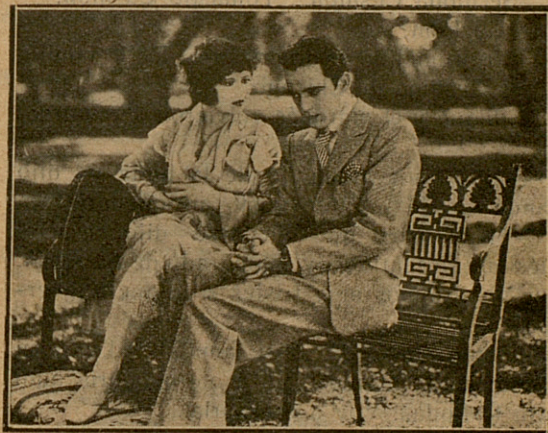
Volvió Simona con el chal.

Nervioso, Roberto la dijo mirándola tristemente:

—¿Estás de veras dispuesta a casarte conmigo, Simona?

—Ya lo creo que sí—contestó la novia con voz alterada—. ¿Por qué me lo preguntas, Roberto?

—Por nada...



—*¡No me había dicho que estuviese comprometida!*

Nancy se sentía inquieta. ¿Es que iba a descubrirse todo?

Simona con tristeza, agregó:

—Usted me dispensará, Nancy... Tengo que escribir una carta.

Y marchó con paso vacilante.

Roberto aprovechó la ausencia para decir a Nancy:

—Quiero que me hable de su prometido... ¿Quién es él?

—Se llama...

No encontraba el nombre, pero al fin inventó:

—Se llama Cushion... Tomasito Cushion.

—¿Cushion?

—Mi prometido es americano... De la familia de los Cushion de Chicago.

El duque y el marqués volvieron a reunírseles.

—Estábamos hablando de la boda — dijo Nancy—. ¡Con cuánto gusto me quedaría!

—Tiene usted que quedarse—dijo el marqués que se sentía muy enamorado de Nancy—. Nos pondríamos muy tristes si se fuera, ¿verdad?

—Estoy abusando de su amabilidad... Si mi tía me diese permiso, quizá me quedaría aquí para la boda... Voy a escribirla...

Y alejóse con gracia de ave.

Entró en el escritorio y vió a Simona que estaba escribiendo y lloraba.

Acercóse con solicitud.

—¿Qué ocurre?

—Lea... En usted tengo confianza.

Nancy pasó sus ojos por un papel:

“Mi querido Enrique: Esta carta será la última que te escribiré, aunque te amo más que nunca.”

—Pero, ¿quién es ese Enrique? ¿Qué significa eso?

—Es mi verdadero amor. Le quiero con todo mi corazón y mi alma.

Los ojos de Nancy resplandecieron de alegría.

—¡Si le ama tanto, despida a Roberto y cásese con Enrique!...

—No puede ser. Mi papá me encerraría en un convento por toda la vida...

—¡Pobrecita!

—No le diga nada a papá, por Dios...

—¡No... no!...

Nancy volvió a su cuarto y ya allí exclamó:

—Aquí hay que hacer algo sonado... y yo lo haré como me llamo Nancy...

* * *

Después de la cena, transeurrió en apariencia alegremente, la velada. El marqués dedicó sus mayores atenciones a Nancy... Roberto estaba al lado de ella, preguntándose cómo lograría insistir en su amor.

Simona tocaba el piano y el duque estaba a su lado volviendo las hojas de la música.

Nancy y el marqués salieron a una terraza... Allí el marqués dijo a la americanita su tristeza por sentirse viejo... ¡Ah, los años! De qué manera pesaban...

Ella, mimosa, respondió:

—¿Quién le ha dicho a usted que es viejo? Tengo un tío que tiene ochenta años y es aun el terror de las mecanógrafas de su oficina.

Lentamente volvieron al salón... Roberto estaba junto a Simona que seguía desgranando al piano sus notas sentimentales.

—No está mal que a los dos les guste la música—dijo Nancy—. Con la música pasarán las veladas más agradables.

Roberto adelantóse hacia Nancy.

—¿Le gustaría ver nuestra galería de cuadros?

—Me gustaría mucho verla con usted, pero se lo prometí ya esta mañana al marqués —respondió.

El marqués de Valens no le había dicho nada de ello, pero se emocionó ante aquellas palabras... Caramba... caramba... la cosa iba cada vez mejor... Nancy parecía hacerle caso.

Alejóse Roberto y volvió con un libro.

Era ya hora de retirarse todos a sus habitaciones. Roberto dijo a un criado:

—Entregue este libro a la señorita Nancy.

La joven ya en su cuarto, recibió el libro y descubrió en él una tarjeta que decía:

"Tengo que verla a solas. La espero en el jardín.

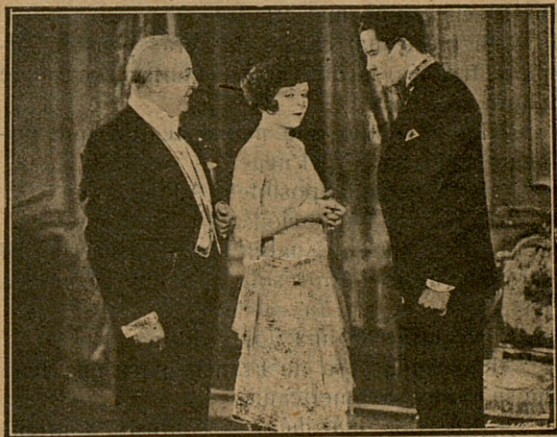
"Roberto."

Nancy sonrió alegremente... Todo iba mara-

villosamente, de color de rosa... Ella lograría atrapar a Roberto y deshacer aquel casamiento impuesto y sin amor.

Fué al jardín... Roberto la esperaba enfurecido y la recriminó por las atenciones que ella tenía para con el marqués.

—Yo le enseñaré a ese zángano a hacerle el amor a las estrellas—gritó.



... dedicó sus mayores atenciones a Nancy...

—Yo se lo enseñaré mejor.

—Dígame, ¿qué piensa usted hacer con mister Cushion?

—Con una carta que le escriba, el hombre quedará perfectamente convencido de que no

le quiero... Voy a hacerlo—contestó tranquilamente.

—¿Para casarse conmigo?

—¡Qué disparate!... Oiga, Roberto... Si me casase con el marqués, sería su suegra, ¿verdad?

El joven, furioso, cogió el libro que ella tenía en la mano y lo lanzó al suelo.

—¡Magnífico!—dijo Nancy, burlona—. ¡Habrás visto niño mal criado!

—Si fuese mal criado de veras y usted supiese francés, le diría unas cuantas cosas que ahora me callo.

—Estoy viendo que mamá tendrá que ponerse seriecita con el nene.

—¡Está usted imposible! ¡Adiós!

Volvió a su habitación...

El señor marqués había ido a pasear por el jardín y al encontrar sola a Nancy se unió a ella.

Cortó para ella una flor y dijo:

—Una linda rosa de Francia para una hermosa doncella americana.

—¡Por Dios, marqués! —contestó, sonriente—. Esto parece una declaración amorosa en toda forma.

—Y si lo fuera, ¿podría esperar?...

—Me parece... me parece... que voy a decir que sí...—dijo con dulce rubor.

—¡Oh, Nancy!

—Pero ha de ser con una condición... Quie-

ro que desbarate la boda de Simona y Roberto por disparatada e imposible...

—Eso no es posible... Se aman...

—No, Simona no le ama... Y me gustaría que "nuestra" hija se casase por amor... como nos casaremos nosotros...

—Hemos de pensarlo mucho, mucho... Eso es cosa muy grave...

Nancy se despidió de él contenta del giro que tomaban los acontecimientos. Al propio tiempo que labraba su felicidad hacia la de los demás. Todos le agradecerían su obra.

* * *

Y a la otra noche, el duque y el marqués se reunieron con Simona, Roberto y Nancy.

—Hijos míos, tengo que daros una noticia muy importante—dijo el duque a Simona y Roberto—. El marqués, de acuerdo conmigo, ha decidido romper vuestro compromiso y permitiros que sigáis los dictados de vuestro corazón.

Una inmensa alegría se apoderó de los dos jóvenes...

El marqués, resplandeciente de dicha, se levantó a su vez y cogiendo una mano de Nancy, dijo:

—Yo también tengo que anunciar algo muy importante... Miss Nancy me ha honrado aceptando mi corazón y mi mano...

Roberto tornóse pálido... y dando una mirada de indignación a Nancy, abandonó el salón...

Nancy sonreía... Las cosas estaban ya en su punto...

Simona abrazó a su nueva "madrecita", y el duque movió la cabeza con ademán de duda. ¿Estaba seguro su amigo el marqués de que iba a hacer su felicidad?

Quando Nancy volvió a su habitación, comprendió que había ganado ya la partida, puesto que no se celebraría la boda de Roberto y de Simona. Ahora sólo faltaba la segunda parte. ¡Pobre Roberto! ¡Cómo estaría sufriendo en su habitación!

Escribió una carta:

"No seas tonto. Pienso romper el compromiso con el marqués mañana por la mañana.

"Nancy."

Salió para ir a tirar la cartita por debajo de la puerta a la alcoba de Roberto. Pero encontró a éste junto a la suya con una carta en la mano que le echó en forma destemplada. Luego sin querer aceptar la de Nancy, volvió a encerrarse en su cuarto.

Nancy leyó la misiva. Decía:

"Este es el fin. Ha matado usted en mí la fe que tenía en las mujeres. Parto para el Africa a cazar leones y ojalá no vuelva nunca.

"Roberto."

Nancy arrugó el papel. ¡Cuánto daño estaba causando a Roberto!

El viento azotó de repente los cristales de la ventana y ésta se abrió sin que Nancy, a pesar de sus esfuerzos, pudiera cerrarla.

Sonrió maliciosamente... Tenía un proyecto que le ayudaría a unirse definitivamente con Roberto.

Al fin y al cabo, si ella había hecho todo aquello y dado oídas al marqués había sido para conseguir el rompimiento de los dos jóvenes... Logrado esto, el marqués no le interesaba ya... y lo que ella deseaba era unirse con el duquesito.

Llamó al cuarto de Roberto. Este salió, mirándola con ojos duros.

—¿Me quiere hacer el favor de cerrarme la ventana? No puedo y pasa una corriente enorme—dijo Nancy.

—Llamaré un criado para que se la cierre.

—¿Tan disgustado está conmigo que no quiere cerrarme la ventana?

Y le envolvió en una mirada tan dulce que Roberto acabó por ceder.

Pero apenas el joven entró en la habitación de Nancy, ésta pareció volverse loca de repente.

Comenzó a pegar con los muebles contra el pavimento, golpeando fuertemente las sillas y saltando como una loca haciendo temblar todo el piso inferior.

Al propio tiempo se abrazaba a Roberto y reía... reía...

Echaba las sillas por el aire, tiraba al suelo los objetos del tocador... ¡Un verdadero terremoto!...

El duque, el marqués y Simona despertaron horrorizados ante el intempestivo ruido, y corrieron hacia aquella habitación.



—¿Me quiere hacer el favor de cerrarme la ventana?

Nancy oyó sus pasos y se echó a los brazos de Roberto besándole ardientemente.

Experimentaron todos una sorpresa inenarrable al ver el cuadrito. Especialmente el marqués, se volvía de todos colores.

—¿Tú, aquí, Nancy?—dijo—. ¡En el cuarto de Roberto!

—¡Qué vergüenza me da!—dijo ella sonrojada.

Roberto quiso explicarse, apartar de sí a aquella mujer que le estaba poniendo en tan grave compromiso. Pero su padre, el duque, le ordenó que guardase silencio.

Nancy, que había ideado aquel medio para despedirse del marqués, dijo a éste:

—Por supuesto, ahora sería inútil pensar en nuestro casamiento...

El viejo enamorado bajó los ojos.... Pero, ¿cómo era posible que Nancy hubiese realizado aquella acción?

—¡Perdónala, papá!—suplicó Simona—. ¡Es tan joven la pobrecita!

—Tienes razón... Soy magnánime por naturaleza... ¡Ven a mis brazos!—dijo el marqués, que la quería a pesar de todo.

Pero, el duque de Albin, que veía muy abrazados a Nancy y a Roberto, le dijo:

—Amigo mío, la magnanimidad no es mala cuando el honor de la familia no está en peligro... Pero en este caso creo que es necesario que Roberto se case con Nancy... Me parece

que se aman... y además... son muy jóvenes...
Tú ya no podrías hacer su felicidad.

El marqués abandonó tristemente la habitación acompañado de Simona.

Y había podido soñar...

El duque dijo a su hijo:

—Ve ahora a tu cuarto... y por la mañana hablaremos de todo esto.

Y cuando Roberto salió, dijo el de Albin con malicia a la americana:

—Jovencita, tenía usted intenciones de casarse con mi hijo cuando su automóvil chocó en la puerta, ¿verdad?

Y ella bajó los ojos confesando la farsa.

Todo lo había adivinado. Pero no le importaba. Perdonaría, si ello había de redundar en la felicidad de su hijo.

Y a la mañana siguiente se proclamó el noviazgo de Nancy y de Roberto y anuncióse la próxima fecha de la boda...

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplic.-MADRID

[B.]

